

Charles Bergquist (1942-2020), *in memoriam*

Nota introductoria

Me enteré de la muerte del historiador Charles Bergquist por una escueta nota de prensa. Pocos comentarios se han hecho sobre la desaparición de este notable “colombianista” quien era de izquierda, a diferencia de la mayor parte de historiadores de los Estados Unidos que se ocupan de estudiar a nuestros países, y siempre reivindicó un acercamiento al marxismo y a los procesos democráticos de lucha de campesinos y trabajadores. Personalmente tuve la fortuna de conocerlo y tratarlo en varias oportunidades, cuando venía a Bogotá, y en su casa céntrica de La Candelaria dialogamos varias veces en largas conversaciones que recuerdo con mucho cariño, por todo lo que aprendí en el plano intelectual y humano. Me regalo varios de sus libros, entre ellos *Los trabajadores en la historia latinoamericana* y *Labor and The Course of American Democracy*, que no se ha traducido al castellano.

Hago público como homenaje póstumo a Charles Bergquist la presentación que leí el 10 de octubre de 1999 en la Universidad Pedagógica Nacional en el lanzamiento de la segunda edición del libro *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*. El profesor escuchó pacientemente la lectura del texto y luego efectuó una brillante intervención sobre su libro y Colombia. Al final, con mucha cordialidad plasmó una dedicatoria amistosa en el ejemplar que conservo en mi biblioteca personal.

Café y Conflicto: una relación fundamental para entender la sociedad colombiana*

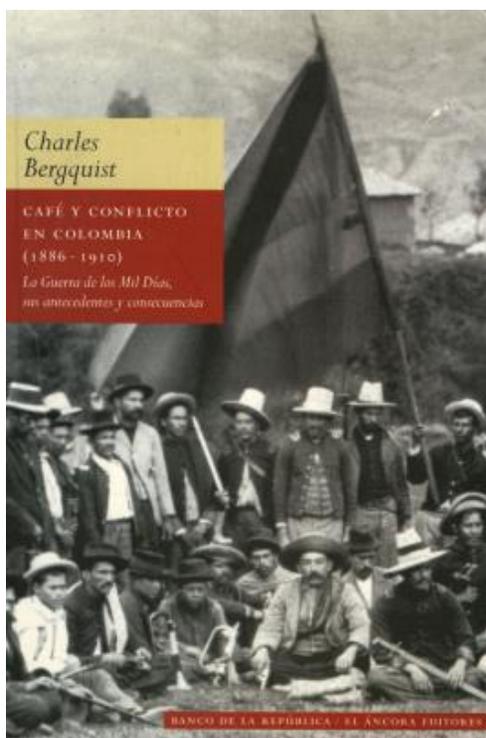
Renán Vega Cantor

“Se parte del principio de que la investigación de las tendencias económicas básicas y del análisis de los intereses ideológicos y económicos de la clase dirigente proveen el punto de partida más fructífero para la comprensión de la historia política colombiana de fin de siglo”.

Charles Bergquist

Hace 100 años se inició en nuestro territorio la guerra civil más sangrienta, prolongada y costosa del siglo XIX en toda América Latina. Se calcula que la Guerra de los Mil Días dejó una cifra de 100.000 muertos, dato en sí mismo escalofriante que se torna más revelador si recordamos que en ese entonces la población colombiana era de 5 millones y en 1898 en Bogotá vivían 78.000 personas. Con esa guerra se cerraba un prolongado ciclo que cubría toda la centuria (incluyendo las guerras de la independencia) y que se caracterizó por los sucesivos fracasos de integrar al país al pujante capitalismo mundial. Como 100 años después, ya al borde del siglo XXI, los problemas en que se debate el país no dejan de tener similitudes –guardando, desde luego, las adecuadas proporciones- resulta interesante reflexionar sobre el significado de la guerra de los Mil Días y sus antecedentes y consecuencias sobre la vida nacional.

* Presentación de la segunda edición de: Charles Bergquist, *Café y conflicto. antecedentes y consecuencias de la guerra de los mil días (1886-1910)*, El Ancora Editores, Bogotá, 1999.



Cronológicamente el país llegó al último siglo del milenio soportando una serie de problemas que incidirían sobre la historia posterior y que hoy, tanto como ayer, gravitan sobre nuestro porvenir como nación. Enumeremos algunos de esos aspectos: la débil inserción de Colombia en la economía mundial; la lenta consolidación del café como nuestro principal producto de exportación; las transformaciones estructurales del país como resultado de la expansión cafetera y la subsiguiente acumulación originaria de capital ligada a este fenómeno, que andando el tiempo posibilitaría la industrialización; las complejas relaciones que se establecieron entre café y violencia (o, más generalmente, entre economía y violencia); la polarización social y económica entre una minoría oligárquica y las vastas mayorías de colombianos en los campos y en las ciudades; el poder cultural e ideológico de la iglesia católica y la intolerancia política y social que de allí se derivó; la recurrencia constante a las armas para dirimir los conflictos políticos; la existencia de un cerrado régimen bipartidista (aunque en la época haya sido casi monopartidista); las marcadas diferencias entre el centro y las regiones, que generaron vientos separatistas que desmembraron al territorio nacional con la pérdida de Panamá; el zarpazo imperialista de Estados Unidos que, aprovechando la confrontación interna entre liberales y conservadores y dando muestras de su naciente poder como potencia mundial, organizó, financió y apoyó la separación del istmo en su propio beneficio...

La mayoría de estas cuestiones –y esto no dejaría de sorprender a cualquier observador inquieto de nuestra realidad histórica– en la actualidad siguen estando en la agenda, la agenda de los asuntos pendientes y sin resolver. Una mirada a vuelo de pájaro sobre el fin de milenio en Colombia mostraría muchas similitudes entre la situación de hoy con la de

hace un siglo. Parecería que, en cuanto a los problemas fundamentales, las hojas de 100 calendarios no han pasado sobre este martirizado país, en el sentido de la ausencia de solución de las contradicciones fundamentales que ya se esbozaban hace un siglo. Obviamente, sería muy esquemático afirmar que la situación es estrictamente idéntica, pues eso sería desconocer nada más y nada menos que un siglo de historia rico en acontecimientos. Lo que estamos tratando de decir es que, pese a todas esas transformaciones, hoy Colombia debe afrontar problemas muy parecidos a los de hace un siglo, tal vez porque las heridas y huellas que dejaron la Regeneración y la Guerra de los Mil Días fueron tan profundas que todavía están presentes tanto en nuestro imaginario como en la lacerante realidad cotidiana.

Por estas razones, pensamos que está más que justificado volver a la historia, todavía no suficientemente investigada ni conocida, de finales del siglo XIX y nada mejor para hacerlo que apoyarnos en un libro pionero sobre la historia de estos acontecimientos, como lo es *Café y conflicto. Antecedentes y consecuencias de la Guerra de los Mil Días (1886-1910)*, del historiador estadounidense Charles Bergquist.

Quiero aprovechar esta oportunidad y el honor que me ha dispensado el profesor Bergquist para referirme no sólo al libro sino también a su labor como historiador.

La obra

Café y conflicto fue publicado en inglés en 1978, habiendo conocido una reedición en su idioma original, lo que ya es un mérito pues es muy raro que una obra sobre Latinoamérica conozca dos ediciones en el medio académico estadounidense. Su primera edición en español es de 1981 y fue realizada por la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales (FAES). Sin embargo, la primera versión de la investigación fue presentada como tesis de Doctorado en 1973, lo que indica que la investigación se realizó desde finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. Es decir, estamos hablando de un trabajo de investigación histórica que se realizó en su parte fundamental hace por lo menos un cuarto de siglo, cosa que es necesario señalar para tener en cuenta tanto sus aportes como su continuidad o superación en el medio investigativo colombiano.

Cuando en 1978 el libro fue publicado su autor señalaba el “estado de subdesarrollo” que caracterizaba a la investigación histórica en Colombia, donde no existía una seria tradición en el conocimiento histórico y en momentos en que era mínima la atracción que nuestra realidad histórica suscitaba entre los académicos de otros países. Afortunadamente, en algo se ha modificado el “subdesarrollo” de los estudios históricos en Colombia y también ha aumentado el interés de historiadores extranjeros por conocer la sociedad colombiana. Desde este punto de vista un análisis serio y detallado de *Café y conflicto*, en momentos en que aparece su segunda edición en español, ameritaría un análisis retrospectivo y comparativo con la literatura histórica generada en Colombia en los últimos 20 años y que se ocupa de problemas similares a los propuestos por Charles Bergquist. Desde luego, eso no lo vamos a hacer en este momento, pues aquí solamente esbozaremos algunos elementos al respecto.

Cuando se efectuó la investigación el paradigma dominante en las ciencias sociales de América Latina era la Teoría de la Dependencia que, de alguna forma, al parecer marginal, influyó también en las universidades de los centros capitalistas del mundo, como en Estados Unidos. Pero para que la Teoría de la Dependencia afectara la labor de la

investigación social e histórica era necesario que el investigador como ser de carne y hueso tuviera cierta sensibilidad social y cierta postura política hacia la izquierda. Y esos dos elementos caracterizan la personalidad de Charles Bergquist –como se ha puesto de presente en sus investigaciones posteriores y en su radicalismo político e intelectual–, por lo que no es de extrañar que se viera influido por importantes aspectos teóricos del dependentismo. Pero, como nos lo recuerda en el prólogo a la segunda edición en inglés de 1986, si bien el impacto de la Teoría de la Dependencia se puede apreciar con relación a las tesis centrales de *Café y conflicto*, su autor no incurrió en el esquematismo propio de la mayor parte de análisis hechos desde esta corriente, que reducían la historia a una serie de enunciados mecánicos a partir de los cuales estudiaban la historia, sin profundizar en el análisis de material empírico que pudiera desmentirlos o corroborarlos. Para sortear el esquematismo, en el caso de la investigación histórica era necesario respetar la labor propia de la artesanía de escribir historia que supone un diálogo fecundo entre el historiador y las fuentes para adentrarse en el conocimiento de una realidad específica, con toda su riqueza y complejidad. Y la formación profesional como historiador de Charles Bergquist le permitió fundir de manera creadora los aportes indudables de la Teoría de la Dependencia con el estudio de la realidad colombiana de fines del siglo XIX.

El objeto de estudio particular que aborda el libro que estamos comentando es el de la Guerra de los Mil Días (1899-1902), pero la manera cómo se aproxima el autor es de por sí llamativa, porque para considerarlo no se limita estrictamente, como suele suceder en estudios monográficos muy especializados, a ese marco cronológico, sino que hace un análisis amplio desde el punto de vista temporal que lo remite a la evolución colombiana de la segunda mitad del siglo anterior para encontrar los elementos explicativos de larga y media duración que permitan comprender la trama coyuntural de los acontecimientos de esa guerra. Como quien dice, Bergquist no cae prisionero en el recitativo de la coyuntura, que finalmente no explica mucho, sino que se mueve en un panorama temporal amplio en el que busca las explicaciones fundamentales sobre los orígenes estructurales de la guerra. Para eso se remite a la Regeneración y sus antecedentes, situando el centro del análisis en el proyecto de vinculación de la economía colombiana al capitalismo mundial. En el prefacio a la primera edición se dice claramente, que este libro “explora, de manera detallada, el impacto sobre Colombia de las poderosas corrientes económicas, políticas y culturales generadas por el desarrollo económico de las naciones del Atlántico Norte” (p. 16). Ese impacto era ineludible para el país en la segunda mitad del siglo XIX, por lo cual la explicación histórica de los principales acontecimientos del país en ese período no puede dejarlos de lado. Y esto es, justamente, lo que se aprecia en el libro ya que su autor precisa, en el prólogo a la segunda edición que fue precisamente porque

Colombia fracasó en su intento de integrarse de manera más completa al sistema económico mundial durante el siglo XIX, que la cuestión de dicho fracaso adquirió una importancia capital en la vida del país al fenecer el siglo. El fracaso del liberalismo colombiano, el hecho de que a partir de 1885 Colombia se encontrara gobernada por un régimen cuyas tendencias ideológicas –y cuyas políticas ideológicas– nadaban en contra de la corriente de la historia occidental y de América Latina, contribuyó en forma decisiva a que el asunto revistiera tan desesperada trascendencia ante los ojos de los liberales filosóficos de ambos partidos políticos colombianos (p. 26.).

Lo que el autor está indicando es que el curso de la historia colombiana con posterioridad al primer intento de consolidar un sistema agroexportador, o, como se decía en el lenguaje cepalino o dependentista, de una “economía hacia afuera”, en la segunda mitad del siglo XIX, no puede ser entendido sin hacer referencia a las vicisitudes de dicho intento. De manera explícita lo reafirma:

El curso anómalo de la política colombiana [...] ocurrió en una época en que los demás países de América Latina consolidaban la política económica liberal que hizo de ellos receptores de masivas inversiones extranjeras, que aseguró el rápido desarrollo de sus economías de exportación, que cimentó el consenso entre las clases dominantes, junto con su hegemonía ideológica y que fomentó el crecimiento de poderosas estructuras estatales. El temor, la creencia, la certeza de que el fracaso del liberalismo bajo los gobiernos de la Regeneración impediría el logro de esos supuestos beneficios, acabaría con la marcha del país hacia el “progreso” y la “civilización” y lo llevaría a desmembrarse y disolverse, es lo que le da un significado sistemático a la política de aquel entonces. Ese es el significado que se vislumbra detrás de las palabras y las plataformas de los críticos bipartidistas del régimen en la década de 1890, detrás de sus acciones durante la guerra de los Mil Días y detrás de sus reformas luego de la pérdida de Panamá, en los primeros años del siglo XX. (p. 26).

La vinculación de Colombia a la economía capitalista mundial era el telón de fondo, ineludible, al que las clases dominantes del país no podían escapar, ya que se trataba en última instancia de la acumulación de capital a escala nacional, que tras los fracasos de los Radicales y la reacción regeneradora, simplemente se defirió y se hizo más complicada y más sangrienta, puesto que hacía parte de “un doloroso proceso social que se extendió a todo el globo y que, a lo largo del siglo XIX, llevó a la consolidación de un nuevo orden capitalista mundial” (p. 28), orden al cual el país no podía escapar, como se puso de presente con los trágicos sucesos de Panamá en 1903.

Desde el punto de vista político, Bergquist asocia la crisis del modelo agroexportador desde fines de los años 1870 a la crisis coetánea del dominio político liberal-radical, puesto que entre 1850 y 1875 el “éxito de la agricultura de exportación condujo al surgimiento y predominio del partido liberal en Colombia” (p. 35). En contraposición, el declive agroexportador (es decir el fracaso del tabaco, la quina y el añil en los mercados mundiales) significó el eclipse del partido liberal, haciéndose dominante una “filosofía y política de corte conservador, acorde con el regreso del país a una economía agraria relativamente cerrada” (p. 36). Al hacer una reconstrucción de los ciclos exportadores, principalmente el del tabaco, se observa una perfecta sincronía con el dominio político liberal, que se explica porque los ingresos económicos generados por el auge del tabaco en el mercado mundial proporcionaron recursos que fortalecieron material e ideológicamente al partido liberal. El período radical se caracterizó, entonces, por la hegemonía (concepto de Antonio Gramsci utilizado de manera explícita por Bergquist, ver nota No. 18 p. 40), pues mientras “floreció la economía de exportación, la ideología liberal logró convencer, neutralizar o forzar hacia la defensiva a muchos cuyos intereses no se beneficiaron –y aun fueron perjudicados- por las políticas liberales” (ibid.).

A partir del reconocimiento de los dos partidos de la vinculación del país a la economía mundial, las diferencias se daban alrededor de cuestiones relacionadas con el papel del Estado y la iglesia en la sociedad colombiana. Mientras que los liberales buscaban la transformación de la estructura social, sus ideas y valores, en concordancia con su filosofía política y económica, abiertamente ligada al mercado mundial en términos económicos y

universalista en términos ideológicos, los conservadores se preocupaban por mantener esa estructura social, en la cual la iglesia iba a desempeñar una función central. El fracaso de la agricultura de exportación desde mediados de la década de 1870 se acompañó de la crisis política de la hegemonía liberal, que se va a expresar en la Regeneración en la cual los conservadores se nutrieron del pensamiento católico e hispánico, abiertamente antimoderno y anti secular, como se puso de presente en la constitución política de 1886.

Se puede notar como Bergquist introduce otro aspecto, también influido por la Teoría de la Dependencia y por el análisis marxista, cuando plantea una directa relación entre economía y política, que el autor denomina política económica. Esto quiere decir que un cambio político tan trascendental para la sociedad colombiana como lo fue el paso del radicalismo a la Regeneración no se puede explicar apoyándose solamente en los aspectos inmediatamente políticos, sino que debe relacionarse con las transformaciones económicas y materiales. “Se parte –nos dice el autor- del principio de que la investigación de las tendencias económicas básicas y del análisis de los intereses ideológicos y económicos de la clase dirigente proveen el punto de partida más fructífero para la comprensión de la historia política colombiana de fin de siglo” (p. 16). Esta propuesta significó en su momento, y todavía significa, un claro desafío a la forma tradicional de escribir la historia en Colombia y en algunas otras partes de América Latina, en donde los cambios históricos se explicaban de manera idealista, a partir del cambio de actitudes o de propuestas políticas y culturales, sin que se tratara de establecer ningún tipo de vínculo con las transformaciones de la realidad material y económica. En el análisis de este período de la historia colombiana esto quiere decir que se relacionara la forma como los intereses cafeteros (por supuesto ligados a una estructura material específica y a unas relaciones sociales de producción concretas) “florecentes en la década de los años 90 y luego derrotados en la guerra, lograron, en una difícil lucha, ganar la paz y consolidar en Colombia, hacia 1910, un nuevo orden de estabilidad política y un desarrollo económico orientado hacia la exportación” (p. 17).

Esto es un aporte sustancial de *Café y conflicto* ya que rompió con esa fuerte “corriente subterránea de la interpretación Histórica” (como la llama Marco Palacios) que localiza los cambios y transformaciones históricas de manera exclusiva en el nivel político. Esta forma de escribir historia localiza las medidas y disposiciones y las intenciones explícitas de los grupos dominantes para derivar de allí los cambios socioeconómicos¹. Palacios señala, con toda razón que entre la innumerable cantidad de hojarasca de mala calidad que existe sobre Núñez y la Regeneración, *Café y conflicto* es el primer trabajo en “enfocar sistemáticamente las relaciones entre las luchas partidistas, el faccionalismo y los intereses económicos y sociales de los diferentes grupos oligárquicos”². Y este es un aporte sustancial que hoy vuelve a cobrar importancia en la medida en que ha resurgido una “una nueva-vieja historia política” que pretende explicar los sucesos históricos de manera exclusiva a partir de la esfera política, desconociendo los aspectos económicos y materiales.

En síntesis, en *Café y conflicto* se destacan, entre muchas, dos tesis principales: de una parte, la explicación del quiebre político radical en directa relación con el fracaso de la agricultura de exportación; y, de otra parte, el énfasis de los vínculos entre intereses económicos y expresiones políticas e ideológicas. ¿Cuál ha sido la reacción posterior entre algunos de los estudios históricos que se han ocupado del período ante estas dos tesis básicas del libro *Café y conflicto*?

En cuanto a la primera tesis, en algunos estudios se ha señalado que durante la segunda mitad del siglo XIX Colombia se caracterizaba por una muy débil inserción a la economía mundial, hasta el punto de que en el conjunto de América Latina se ubicaba dentro de la “periferia secundaria”, o sea, en los países cuya producción era poco relevante para el mercado mundial capitalista, y entre estos en penúltimo lugar, solo superando a Haití³. Para determinar esta débil inserción al mercado mundial se han tomado como indicadores: la participación en el comercio exterior, la magnitud de las inversiones extranjeras y la red férrea. Es decir, en Colombia no se logró construir un modelo agroexportador hasta después de 1910, cuando ya el café era nuestro principal producto de exportación y se evidenciaron sus efectos multiplicadores en la economía interna, tanto en el plano regional como nacional. Esta precisión de José Antonio Ocampo, no lo lleva, sin embargo, a cuestionar la tesis de *Café y conflicto*, puesto que acepta lo esencial del planteamiento dependentista y de Bergquist, al afirmar que

la primacía en el desarrollo de las exportaciones en el siglo XIX no fue el resultado de una decisión de la burguesía colombiana, ni de una “política económica” que se escogiera entre una serie de alternativas posibles [...] sino de condiciones objetivas, tanto internas como externas. La ideología librecambista que surgió para expresar esta primacía del desarrollo exportador fue, así, resultado de condiciones materiales concretas; es decir, una *ideología históricamente necesaria*, y no una “política económica errada”⁴.

Además, tanto los conservadores como los liberales estuvieron de acuerdo con el modelo exportador y con la adopción del librecambio, el problema es que el crecimiento de las exportaciones colombianas fue “verdaderamente desalentador”⁵. No obstante, el puntal básico de expansión económica fue el sector exportador, que se manifestó en el surgimiento de un sistema bancario moderno, en la expansión de las relaciones mercantiles en varias zonas del país y en la generación de algunos, aunque localizados, cambios tecnológicos (como en la infraestructura pública de las ciudades y en ciertos artefactos para el procesamiento de café y azúcar).

Incluso, al final del capítulo más importante de su libro, capítulo titulado “desarrollo exportador y desarrollo capitalista”, Ocampo hace suya sin citarla la tesis básica de *Café y conflicto*, cuando afirma que el proceso más importante en la segunda mitad del siglo XIX fue “la consolidación del desarrollo capitalista en Colombia”, que estuvo directamente relacionado con la economía exportadora. Este proceso se manifestó en el plano político en las reformas liberales y la lenta consolidación del Estado-nación y con el “ascenso de una clase social que se identificaba claramente con el desarrollo capitalista colombiano”.

Estos dos últimos procesos –agrega Ocampo– se consolidaron en Colombia después de la Guerra de los Mil Días. De esta manera, la bonanza cafetera que comenzó en 1910 encontró una solución básica al problema del Estado, una burguesía dispuesta a responder a los incentivos que generaba el sector comercial, financiero e industrial, un cierto grado de acumulación de capital, de movilidad de la fuerza de trabajo y de desarrollo de los transportes modernos. La bonanza cafetera sirvió así para acelerar un proceso que *ya venía gestando*. Su capacidad para impulsar el desarrollo del capitalismo dependiente en Colombia es así indisociable de los procesos de transformación que se vivieron en el siglo pasado⁶.

Por su parte Marco Palacios en su libro *El café en Colombia 1850-1970*, cuya primera edición es de 1979, afirma respecto a la adopción del librecambismo por los dos partidos a mediados del siglo XIX que

liberales manchesterianos y regeneracionistas respaldaron el modelo agroexportador con matices divergentes, y por las mismas razones fundamentales puesto que las dos visiones estuvieron penetradas de la esperanza en el progreso económico. Las divergencias fundamentales entre liberales y conservadores se expresaron en la definición política de las relaciones con las clases subalternas y dominadas. Los liberales anduvieron convencidos de que el capitalismo promovía *per se* la libertad individual y la democracia política y que la movilidad social vertical sería ininterrumpida a lo largo del proceso de desarrollo. Los conservadores y regeneracionistas pensaban que el capitalismo “espontáneo” corroía los pilares de cualquier tipo de progreso: la autoridad, la tradición y el estado central. El capitalismo antes de afirmar plenamente todos sus atributos requería un orden social estable; la disciplina de todas las clases era prerequisite de la modernidad⁷.

Palacios acepta de manera rotunda una de las tesis centrales de Bergquist, cuando afirma en otra parte de su obra que “el decenio de los años setenta marca en la historia de Colombia uno de los grandes puntos de (in)flexión (sic); el liberalismo tocó su cenit político e ideológico y la economía exportadora tuvo su gran pico del siglo XIX; pero en la segunda mitad del decenio la catastrófica caída de las exportaciones de tabaco hizo inatajable el desplome del caserón económico y político construido sobre el axioma librecambista”⁸. En este caso tampoco se cita para nada a Bergquist, quien formuló esta tesis, pese a que el libro de Marco Palacios se distinga precisamente por su rigor y escrupulosidad al trabajar las fuentes.

Un punto en el cual Palacios está abiertamente en contra del planteamiento de *Café y conflicto* está relacionado con la hegemonía política que para Bergquist es la de los sectores exportadores-importadores. Palacios arguye que no existió tal hegemonía, siendo una de las características centrales del siglo XIX, precisamente, la ausencia de hegemonía, lo que se debía a que las clases dominantes estaban fraccionadas regionalmente y desgarradas por ideologías político-religiosas. Aunque hubo consenso en lo relativo a la vinculación del país al mercado mundial, ese consenso desapareció cuando se entró a definir el problema de la legitimidad política, que estaba relacionado con los nexos Iglesia-Estado (la cuestión de la secularización) y con las relaciones entre el centro y las regiones (la cuestión de la descentralización)⁹.

Basándose en estas consideraciones crítica la postura de historiadores, como Bergquist, que consideran que existen hondas diferencias que van más allá de las ideologías políticas, entre el librecambismo y el supuesto proteccionismo de la Regeneración y que expresarían más bien “intereses contrapuestos entre fracciones bien definidas de las clases dominantes”. “Se supone –dice Palacios- que la era liberal expresa la ‘hegemonía’ de los grupos exportadores. Sintetiza entonces la visión [...] de una burguesía comercial internacionalista. A(l)(sic) contrario, la regeneración representa a las clases cerradas al comercio internacional y a las capas medias de una burocracia estatista y reaccionaria” Palacios agrega que esta tesis no cuenta con “hechos en que apoyarse”, ya que

desconoce el discurso internacionalista de los ideólogos de la Regeneración, Núñez y Caro, y demerita sus postulados modernizadores sobre la necesidad de una economía que, estrechamente vinculada al comercio mundial, dispusiera de algunos recursos propios para defenderse de los ciclos comerciales. El

papel moneda en tanto que fuente fiscal era uno de tales recursos. De otro lado, falla en su evaluación de la política económica regeneradora que, pese a su fiscalismo, en ningún momento planteó obstáculos internacionales al desarrollo del comercio internacional. Finalmente no toma en cuenta el “hecho antioqueño”, o sea que no explica porque la poderosa burguesía antioqueña, pese a sus divergencias con el centro político, fue regeneracionista. Esta burguesía, quizás como ninguna otra en el siglo pasado, fue modernizadora, de orientación internacional, volcada a todo tipo de negocios de importación y exportación¹⁰.

Al margen de las consideraciones de Palacios, que ha escrito hasta el momento la mejor historia del café en Colombia, se pone de presente la importancia de los planteamientos de Bergquist que ha abierto frontera en la investigación histórica al proponer tesis tan sugestivas como las que hemos considerado hasta el momento, que rompen con la labor puramente empírica tradicionalmente asignada al historiador, para plantear problemas sustanciales al análisis social.

Desde el punto de vista del relato histórico en *Café y conflicto* se analizan una serie muy variada de aspectos, a lo largo de tres partes y diez capítulos. La primera parte consagrada a los “orígenes de la guerra”, apunta a escudriñar las ramificaciones políticas del auge cafetero que se presentó después de 1886 (el mismo año de la constitución y de consolidación del proyecto Regenerador), lo que no deja de ser una ironía, puesto que entre ese año y los primeros de la década de 1890 existe un alza en los precios internacionales del café. Por esta razón se abordan de manera sistemática, aunque por momentos muy general, distintos aspectos relacionados con la consolidación de la economía cafetera y sus distintos aspectos tanto internacionales como nacionales. Si tenemos en cuenta la fecha en que fue realizada la investigación, es decir a comienzos de los años 1970, es pertinente reconocer que este es uno de los primeros trabajos que se ocupa del tema del café, si descontamos los estudios pioneros, pero marginales, de Luis Eduardo Nieto Arteta y de Antonio García. Resulta sintomático del “subdesarrollo de la investigación histórica” en nuestro medio, que solamente hasta mediados de los años 1970 hayan aparecido los primeros estudios serios sobre la historia del café, entre los que cabe destacar, aparte del libro que comentamos, *El café de la aparcería al capitalismo* de Absalón Machado y *Café e industria* de Mariano Arango y el libro ya citado de Marco Palacios.

Así como Bergquist ha esbozado una tesis global sobre el impacto político de los auges y caídas en la agroexportación, así mismo la esbozara en forma particular para el caso del café. El telón de fondo para entender la historia de la Regeneración es, entonces, el aumento y posterior caída de los precios del café:

El fortalecimiento ideológico y material del partido liberal durante ese período, el distanciamiento cada vez mayor entre los nacionalistas gobernantes y un ala disidente del partido conservador que se llamó de los conservadores históricos, la exclusividad de las medidas represivas del exclusivismo político de los nacionalistas, el debate centrado sobre las políticas fiscales de la Regeneración y las causas complejas de la Guerra de los Mil Días, son todos fenómenos que sólo pueden explicarse adecuadamente a la luz del impacto político del enorme crecimiento y posterior decadencia de la industria cafetera durante los quince años del gobierno de la Regeneración. (p. 71).

Dos cuestiones directamente entrelazadas dominaron el debate político en la época de la Regeneración: en el plano político la cuestión de las libertades públicas y la representación, y en el plano económico el asunto del papel moneda de curso forzoso, es decir las bases

fiscales de la Regeneración, ya que el régimen de papel moneda golpeó en gran medida a los comerciantes exportadores e importadores y a quienes poseían capital líquido, sectores todos –representados en el partido liberal y en algunos sectores del conservatismo histórico- que se convirtieron en los principales opositores de la Regeneración. Esta recurrió como mecanismo para aislar a sus críticos y opositores a la represión y la persecución, así como la instauración de un régimen profundamente antidemocrático. De manera paradójica, el régimen clerical y conservador instaurado por la Regeneración también se fue debilitando por la misma razón que se había resentido el radicalismo, es decir por la caída en el auge de un producto de exportación, en este caso el café, lo que empezó a ser evidente después de 1896 cuando se desfondaron los precios del café colombiano en el mercado mundial, lo que afectó seriamente al gobierno que dejó de recibir divisas por exportación y vio disminuir seriamente sus ingresos aduaneros. Los grupos exportadores se colocaron a la cabeza de la oposición y hasta ese momento utilizaron “todos los medios pacíficos a su disposición para cambiar los sistemas fiscales y políticos de la Regeneración” (p. 91). Hay un capítulo entero, el III titulado “fracasan los intentos de reforma 1996-1998” que está dedicado al recuento y análisis de esos medios pacíficos utilizados por los opositores a la Regeneración, inspirados en la ideología librecambista cuya fuente nutricia estaba en el capitalismo del Atlántico Norte. Aquí se establece un nexo directo entre los intereses ideológicos de las fracciones políticas y su correspondencia de clase: mientras que los conservadores nacionalistas, no tenían nexos con la economía de exportación e importación, sino con la agricultura tradicional y representaban los intereses de la burocracia la iglesia y los terratenientes convencionales; su expresión ideológica era pro-hispánica y confesional; los liberales y en menor medida los conservadores históricos estaban ligados a la economía de exportación. Uno de los aspectos centrales de esa pugna (expresada perfectamente por Rafael Uribe Uribe considerado por Bergquist como el “campeón de los intereses cafeteros”) se dio en torno al impuesto a la exportación al café que fue suprimido, tras prolongados debates en el Congreso y en la prensa. Asimismo, las controversias políticas y electorales de fines del siglo están directamente relacionadas con los intereses contrapuestos, desde el punto de vista ideológico y programático, entre las diversas facciones de las clases dominantes colombianas, pero también con el deterioro de la situación económica bastante influida por la caída en los precios del café.

Este fue el contexto en el que el partido liberal derivó hacia la guerra, o mejor, en el que la opción guerrillera de ese partido se tornó dominante, debido en gran parte a que la alianza entre liberales y conservadores históricos no pudo reformar a la Regeneración. El recuento detallado de este proceso de radicalización, tanto del gobierno nacionalista como de los liberales, se encuentra en el capítulo cuarto.

La segunda parte del libro se dedica a la Guerra de los Mil Días. Para comenzar se rastrean las causas inmediatas del conflicto, resaltando el contexto general de crisis fiscal del gobierno, motivada por la caída en los ingresos externos, ocasionada, a su vez, por la caída en los precios del café. Esto incidió inmediata y directamente en las zonas cafeteras (principalmente en Cundinamarca y Santander, las más importantes para entonces), donde entre muchos hacendados e incluso peones tomaba fuerza la idea de la “revolución” (como, por entonces, se denominaba a las guerras civiles y pronunciamientos armados). Este nexo, descrito magistralmente por Bergquist, nos recuerda la célebre afirmación de Mario Arrubla, no por casualidad uno de los principales teóricos de la Dependencia en nuestro

medio, de que las “cotizaciones internacionales del café en la bolsa de Nueva York determinan las declaraciones de amor en las lomas antioqueñas”, para expresar los sutiles hilos que unen la trama del comercio internacional de los productos agrícolas primarios con la vida cotidiana de la gente, porque como lo dice Bergquist: “a fines del siglo XIX el intrincado contrapunto entre el sistema económico internacional y la política interna colombiana alcanzó su punto” (p. 203). Pero no se piense que lo que se hace en *Café y conflicto* es un análisis reduccionista de tipo economicista que mecánicamente deriva del mercado mundial el comportamiento político de los partidos colombianos y sus facciones. Por el contrario, se hace un contrapunteo equilibrado en el que se profundiza en las contradicciones políticas que llevan a que las fuerzas internas de liberales y conservadores se alisten en uno u otro bando en la guerra que se inicia el 18 de octubre de 1899. Así las cosas, la cuestión de las lealtades al comenzar la guerra está directamente ligada con la militancia política y con la tradición partidista, sobre todo en los sectores plebeyos del campo y la ciudad, antes que a las complicadas alianzas que se pudieran establecer entre conservadores históricos y liberales guerreristas o a las declaraciones de neutralidad ante el conflicto de algunos conservadores históricos o la apatía de los liberales pacifistas. A la hora de la confrontación, las masas conservadoras se alinearon al lado del gobierno nacionalista y las masas liberales se fueron a pelear junto a los liberales guerreristas. En este caso, se puede decir que la negativa coyuntura internacional para el café creó el ambiente y las condiciones para el desencadenamiento de la guerra, pero ésta se ligaba con la historia y con las tradiciones de los partidos y con su particular influencia regional en esta o aquella provincia.

El análisis como tal de la guerra se hace en dos capítulos, uno consagrado a la primera fase y que el autor denomina “la guerra de los caballeros” y la segunda fase de “guerra de guerrillas”. La primera duro unos seis meses y se distinguió por la lucha entre ejércitos organizados dirigidos por militares de las clases dominantes y por el reclutamiento forzado por parte de los dos bandos. El gobierno incorporando al ejército oficial a cuantos hombres se le atravesara en el camino en veredas, poblados y ciudades y los hacendados liberales y conservadores vinculando a sus peones y agregados al bando de su partido. La segunda fase de guerra de guerrillas se prolongó durante dos años y medio y fue asumido como táctica por los liberales después de la célebre derrota de Palonegro, en Santander. La generalización de la guerra de guerrillas por los liberales contribuyó a deteriorar aún más el estado crítico de la economía cafetera por sus efectos sobre la producción y distribución de café y estimulo indirectamente las emisiones de papel moneda por parte del gobierno para financiar la guerra, lo que generó un alza espectacular en la tasa de cambio. Políticamente, esta situación llevó a fortalecer a los sectores belicistas de los dos partidos y en el seno del gobierno a que se incrementaran las medidas de control y represión en las ciudades, principalmente en Bogotá y que también fueran más radicales las expresiones de intolerancia política y religiosa, en el seno de todos los sectores sociales, incluyendo a los más pobres. No es de extrañar, en este sentido, que un humilde militante conservador se expresara en 1901 con estas reveladoras palabras:

[...] entre el liberalismo y el catolicismo media un abismo, el mismo que hay entre la luz y las tinieblas, la verdad y el error; en consecuencia me declaré conservador, políticamente hablando, y me pongo desde luego a las órdenes de la República Cristiana, y ofrezco mi persona en defensa de la bandera blanca y azul, lema sublime y simpático del gran partido conservador (citado p. 259).

Declaración que se debe retener, ya que después en sucesivas y funestas ocasiones se han generalizado similares formas de intolerancia, con consecuencias lamentables como en la época de la Violencia y aún después.

La guerra concluyo, indica Bergquist, por varias razones: por un lado, teniendo en cuenta el “salvajismo” que había asumido el conflicto, que se materializaba en la pérdida de respeto a la propiedad privada y a los privilegios, tanto por parte del gobierno como de las fuerzas liberales, los miembros de las clases dominantes se asustaron y clamaron por el cese a las acciones; de otro lado, porque los representantes de las clases dominantes intuyeron el peligro de la separación de Panamá, aunque no la pudieron evitar, y las ambiciones de Estados Unidos, que como un águila imperial había puesto sus ojos en el Istmo. No fue pura casualidad que el acuerdo de paz se haya firmado a bordo del Wisconsin, un buque de guerra de los Estados Unidos y muy cerca del suelo panameño el 21 de noviembre de 1902, menos de un año antes del panamazo.

En términos de la historiografía moderna sobre Colombia, *Café y conflicto* ha sido el primer libro que se ha ocupado de manera sistemática de estudiar la guerra de los Mil Días. Para comprender sus aportes, es pertinente también hacer una comparación con las investigaciones similares que se han hecho sobre esa guerra. El tema no ha suscitado mucho interés y, que sepamos en los últimos 20 años han aparecido sólo dos libros sobre el asunto: uno, *La Guerra de los Mil Días* de Jorge Villegas y José Yuniz, publicado en 1978, un poco después de la muerte de Villegas y otro de Carlos Eduardo Jaramillo, *Los guerrilleros del novecientos*, publicado en 1990. El libro de Villegas y Yuniz se centra en el análisis social del conflicto destacando un hecho poco considerado por Bergquist como es el relativo a la situación social y económica de la guerra, sus efectos sobre la población pobre y campesina, el deterioro de las condiciones de vida de los más humildes y las consecuencias nacionales e internacionales del conflicto. Este estudio se concentra especialmente en el período de la guerra y presenta una minuciosa base documental, que ocupa la mayor parte de la obra. El estilo del libro es poco académico y muy incisivo en su crítica a la oligarquía bipartidista. Desde este punto de vista es un complemento a cuestiones vitales de la guerra, no tratadas o solo esbozadas en *Café y conflicto*.

Por su parte *Los guerrilleros del novecientos*, es un estudio de diversos aspectos sociales, militares y culturales de la guerra, que, salvo lo relacionado con las consideraciones generales sobre la guerrilla liberal, no hace Bergquist, por la sencilla razón que ese no fue su objetivo, pues él privilegia la cuestión de las relaciones entre el café y la guerra, mientras que Jaramillo hace un estudio específico de la contienda bélica esforzándose por mirar desde dentro aspectos hasta ahora poco estudiados tanto en esta guerra como en las otras guerras civiles que asolaron al país en el siglo anterior.

En la Tercera Parte titulada “La conquista de la Paz”, en tres sendos capítulos se analiza el periodo inmediatamente posterior al fin de la Guerra de los Mil Días. En el capítulo IX se considera el “eclipse de los conservadores intransigentes”, sosteniendo la tesis central que si los sectores políticos, liberales y conservadores históricos, ligados a la economía importadora-exportadora habían perdido la guerra, ellos iban a ganar la paz. Se relata y analiza la manera como resulta fallido el esfuerzo de los sectores más extremistas del partido conservador por imponer sus propias condiciones excluyentes e intolerantes, que los lleva incluso a propiciar la fundación de un Partido Católico, confesional y sectario, que

pronto naufraga por el consenso político logrado en 1902 en torno a la necesidad de restablecer la unidad política del país. Este esfuerzo de las clases dominantes que se ve reforzado por los sucesos de Panamá, que se analizan muy de paso en *Café y conflicto* y de los que se consideran sus implicaciones en la consolidación de los sectores exportadores, cuyo primer objetivo es restablecer la estabilidad económica y monetaria, si se recuerda que la tasa de cambio del papel moneda alcanzó a llegar a fines de 1902 al espectacular promedio del 18.900.

El capítulo IX analiza el Quinquenio de Reyes (1904-1909), que se considera como la transición hacia el “nuevo orden” y en donde se plantea la necesidad de superar las secuelas de la guerra, así como atacar una de sus causas políticas fundamentales, como había sido el aislamiento político de los liberales y el exclusivismo conservador. Se comentan las cuestiones atinentes a la modernización económica y productiva del país, así como los intentos del gobierno de Reyes por normalizar las relaciones económicas y comerciales con Estados Unidos.

El libro termina con “el bosquejo de un nuevo orden”, que fue posible después de 1910 por la consolidación de la producción cafetera y por sus repercusiones internas, tanto en el plano económico como político. En el plano económico se consolidó la hegemonía de los intereses exportadores-importadores, expresados por igual en fracciones de los dos partidos, lo que contribuyó a legitimar el nuevo orden. Además, entre las particularidades de la economía cafetera se destaca que se generó a partir de la pequeña propiedad, principalmente en el centro del país, y tanto la producción como la comercialización del grano estuvieron en manos de empresarios colombianos, siendo muy poca la influencia extranjera en ese sector. Esto tendría profundas repercusiones en la sociedad colombiana, ya que posibilitaría el desarrollo de una industrialización endógena y la consolidación de una infraestructura interna, cosas que no se habían podido generar en los efímeros ciclos agroexportadores del siglo XIX. Ya casi al final de su libro, concluye el autor, que las características de la política colombiana en buena parte del siglo XX, tales como “la vitalidad continuada de los partidos tradicionales, el éxito limitado y las metas moderadas de los reformadores sociales y la continuada fortaleza de la iglesia católica, se relacionan todos en parte con la estructura particular de la economía cafetera colombiana”. (p. 391). En contravía, esa estabilidad se empezó a romper cuando se vio agrietada la estructura familiar de la economía parcelaria cafetera, pero esto remite a otra serie de problemas, que desbordan los alcances de este libro.

Café y conflicto es una magnífica contribución a la historiografía colombiana, por lo que ya se puede considerar como un clásico sobre el estudio de uno de los fenómenos que más han incidido en la configuración histórica de la sociedad nacional, como lo es el café. Se apoya en una muy variada gama de fuentes primarias, tanto nacionales como internacionales, tales como información de Archivos Públicos y privados, manuscritos de dirigentes políticos de los dos partidos, tesis inéditas sobre Colombia elaboradas por historiadores estadounidenses y la literatura secundaria conocida en la época en que fue redactado el libro. El tratamiento de las fuentes es absolutamente metódico y exhaustivo, como suele ser costumbre en las obras históricas elaboradas en Estados Unidos.

Personalmente tengo que hacer unos pequeños reparos al libro, tales como el uso impropio e inadecuado de las denominaciones “clase alta” y “clase baja”, que a mi modo de ver no son ni los términos más consistentes ni más precisos para estudiar una realidad social. Tal vez

dicen más las nociones de “oligarquía bipartidista”, usada por Marco Palacios, o las de clases dominantes y clases subalternas. Este punto no es simplemente terminológico, ya que él remite a una determinada concepción sobre el análisis de la estructuración social y sobre todo al cuidado en la utilización de las categorías de análisis social.

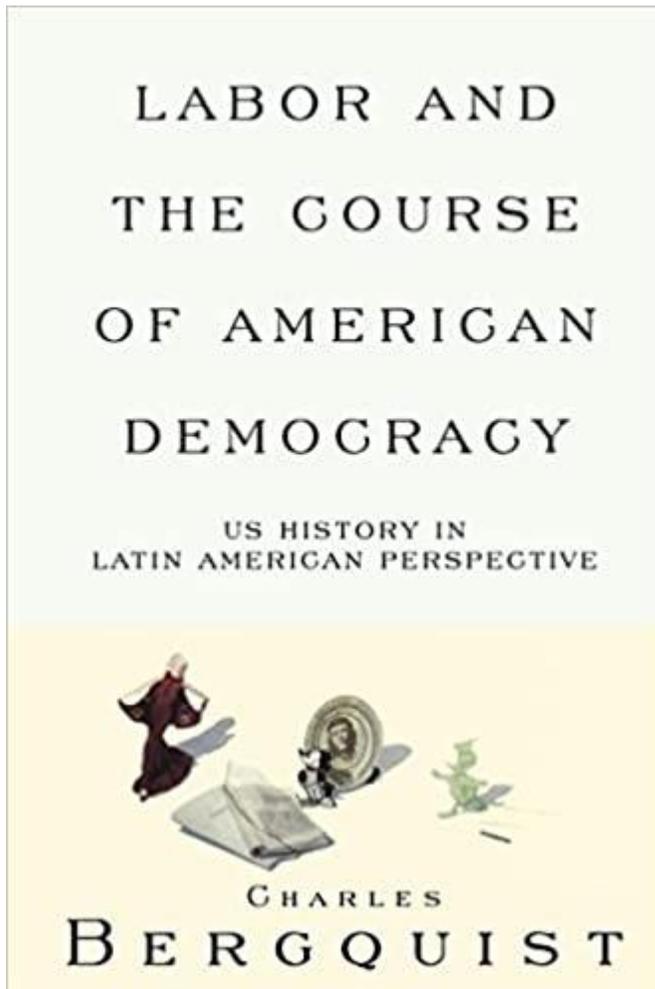
De la misma manera, en el libro faltó un análisis más detallado del mundo cafetero, es decir de la vida en las haciendas y en las economías parcelarias, y por lo tanto no existe, como su autor lo reconoce en el prólogo a la segunda edición, una consideración de la suerte de los trabajadores cafeteros, problema que ha sido abordado posteriormente por otros investigadores, incluyendo al propio Bergquist en su libro sobre *Los Trabajadores en la historia latinoamericana*. También creo que en el libro no se efectúa una aproximación crítica a lo que Palacios ha llamado la “fábula de la colonización antioqueña”, que habría contribuido a atenuar y matizar muchas de las afirmaciones sobre el carácter supuestamente democrático de la pequeña propiedad en la zona centro-occidental del país. Estos comentarios, desde luego, no desdibujan la calidad de una obra que es fundamental para entender diversos procesos históricos de la compleja realidad colombiana, y que todos los aquí presentes deberían leer sino lo han hecho y si ya lo hicieron la deberían releer ya que allí se encuentran muchas preguntas y respuestas sobre la coyuntura finisecular que tanto ha gravitado sobre nuestro devenir histórico.

El autor

Para terminar, quiero hacer unas breves consideraciones sobre la labor investigativa del profesor Charles Bergquist, teniendo la perspectiva que nos proporciona el conocer sus obras posteriores, así como su particular concepción sobre la relación entre el conocimiento histórico y la política. A diferencia de muchos investigadores estadounidenses y europeos que se acercan a cualquiera de nuestros países con intenciones mercantiles abiertas, tales como la de hacer una tesis para obtener un título de maestría o de doctorado y además lo hacen imbuidos de un profundo espíritu etnocentrista, el profesor Bergquist lleva más de 35 años en permanente contacto con la realidad colombiana y latinoamericana, siendo estos suelos colombianos bastante queridos para él, y habiendo demostrado su respeto por los seres humildes y explotados de este continente. Estamos hablando de una persona que a través de su conocimiento académico ha entablado un vínculo cercano con esta sociedad y, en un principio con algunas zonas cafeteras, lo que fue un impulso inicial para la realización de la obra que hemos comentado.

A lo largo de su actividad como investigador ha ido fortaleciendo su postura crítica frente al establecimiento académico y universitario de su país, por los compromisos políticos que como historiador ha ido asumiendo en sus obras. Es de destacar en este sentido, su reivindicación del papel central de los trabajadores en las sociedades contemporáneas, tanto las del centro como las de la periferia, que lo ha llevado a elaborar uno de los libros más innovadores en historia laboral¹¹. Con una sensibilidad social y política que contrasta con la frialdad que muestran la mayor parte de los académicos del norte capitalista, el profesor Bergquist ha estudiado nuestra compleja realidad, haciendo un esfuerzo loable por romper con las concepciones eurocentristas y tratando de captar lo específico y lo novedoso de esta parte del mundo, por ejemplo en lo relativo a la evolución histórica de los trabajadores. Entre una de las consideraciones que lo han guiado en su labor investigativa en América Latina se encuentra aquella relativa a que aquí, en el mundo periférico, es

posible percibir con más claridad que en los centros imperialistas los mecanismos de explotación propios del capitalismo. Así, él está retomando una famosa afirmación de Marx cuando sostuvo que “la profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa se presentan desnudas ante nuestros ojos cuando, en lugar de observar esa civilización en su casa, donde adopta formas honorables, la contemplamos en las colonias, donde se nos ofrece sin ningún embozo”¹².



En esta dirección, la obra del profesor Bergquist se ha dirigido siempre a reivindicar la acción de los trabajadores y a exaltar su papel activo en la construcción de una sociedad democrática. Esto lo ha hecho incorporando su propia experiencia como trabajador manual en los Estados Unidos, que le permitió vivir la dura realidad de los seres humanos aparentemente anónimos, pero que en realidad son los que con sus manos y sus luchas han gestado de manera decisiva lo mejor que se pueda encontrar en el mundo contemporáneo. Algunas de estas preocupaciones se observan en su último libro en el que dibuja algunos problemas sobre las relaciones entre culturas populares y democracia, planteando una historia de algunos momentos de los Estados Unidos desde una perspectiva latinoamericana, o sea con relación a ciertos aspectos que han influido en la cultura de los

Estados Unidos, particularmente en lo que tiene que ver con la expansión imperial de ese país¹³.

Asimismo, el profesor Bergquist adelanta en la actualidad, en contra de la corriente tecnocrática dominante entre los académicos universitarios, una reflexión crítica sobre el impacto negativo de las nuevas tecnologías en diversos ámbitos de la vida social, pero especialmente en el medio universitario, recalcando el papel nefasto y destructor que han desempeñado y están desempeñando medios y dispositivos técnicos como el computador e internet. Este es otro aspecto sobre el que tenemos mucho que aprender de sus reflexiones e investigaciones.

Como se puede apreciar, las preocupaciones intelectuales del profesor Bergquist van mucho más allá de la especialización académica convencional y del puro saber histórico, para plantearse una serie de problemas vitales para todos aquellos interesados en construir un mundo mejor y distinto al capitalismo e imperialismo que hoy se enseñorean por el mundo, con toda la pléyade de intelectuales arrodillados que le rinden culto a cambio de unas cuantas migajas.

NOTAS

1. Marco Palacios, *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política*, El Colegio de México- El Ancora Editores, Bogotá, 1983, segunda edición, pp. 236-237.

2. *Ibid.*, p. 236, nota 1.

3. José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial 1830-1910*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1984, pp. 50 y ss.

4. *Ibid.*, p. 46 (subrayado en el original).

5. *Ibid.*, p. 47.

6. *Ibid.*, p. 77 (subrayado en el original).

7. M. Palacios, *op. cit.*, p. 29.

8. *Ibid.*, p. 41.

9. *Ibid.*, p. 28.

10. *Ibid.*, pp. 28-29.

11. Cf. Charles Bergquist, *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1988.

12. Carlos Marx, "Futuros resultados de la dominación británica en la India", en Marx-Engels, *Acerca del colonialismo*, Editorial Progreso, Moscú, s.f, pp. 52-53.

13. Cf. Charles Bergquist, *Labor and the Course of American Democracy. US History in Latin American Perspective*, Verso, Nueva York, 1996.